

La condición social de don Quijote

A pesar de que se ha insistido mucho en la dimensión social de don Quijote como personaje, pocos son los lectores que llegan a comprender el drama que se gesta en este escenario. Constituye nada menos que la trama principal de la obra. Hay dos perspectivas desde las que se puede apreciar el espacio sociológico que animó el mundo de esta novela extraordinaria: desde la mirada que dejó Cervantes sobre los hombres y las situaciones que fue tocando su personaje, y desde el ámbito subjetivo que, con un poco de sutileza, podemos ver resumado en la conducta del hidalgo manchego. Se trata de dos visiones contrapuestas que, a lo largo de la novela, se enfrentan para crear situaciones aparentemente cómicas, y que son en realidad profundamente aleccionadoras. Y son, si lo miramos bien, aleccionadoras en ese doloroso sentido agustiniano que se sintetiza en la máxima paradójicamente tomista: “la letra con sangre entra”. Porque son golpes durísimos para avivar el sentido común; para despertar del sueño de la inocencia en que nos tiene sumergidos el mundo diario; golpes como aquel que recibió Lázaro de Tormes en la primera lección, cuando empezaba su errancia y su amo el Ciego le pidió que pusiera la oreja en el toro de piedra que está a la entrada del puente de Salamanca para escuchar el ruido de sus entrañas. Antes que oyera nada recibió una tremenda “calabazada” que lo dejó (como diría él) más de “tres días con el dolor de la cornada”; pero eso sólo fue pasajero, porque se quedó con una enseñanza indeleble que le duraría el resto de la vida:



Don Quijote sereno. Óleo sobre tela, 55 x 34 cm: Montoll.
Museo Iconográfico del Quijote, Guanajuato, México.

—Necio —le dijo su amo—, aprende, que el mozo del ciego un punto ha de saber más que el Diablo (Anónimo, 1965: 7).

Es seguro que a nosotros no nos duelen de inmediato las lecciones provocadas por la visión de un loco agujereando cueros de vino, confundiendo los ganados con ejércitos, maltratado por una sarta de presos condenados a las galeras, molido a palos por unos yegüeros, arrastrado por la hélice de un molino de viento, y que hasta nos produzcan risa las escenas en que le avientan un costal de gatos a la cara o lo dejan colgando de un balcón o cuando le escurre el suero de unos quesos desde la bacinica de barbero que trae calzada con la dignidad de un famoso yelmo; aunque, pensados en una segunda oportunidad, estos acontecimientos constituyen lecciones que calan hondo cuando nos percatamos de que los hombres vivimos inmersos en el mismo drama.

¿De qué manera se vincula con nosotros este viejo loco?, ¿de qué manera vivimos un drama semejante al de él? Todos, absolutamente todos,

enfrentamos cada día nuestra visión de lo que creemos ser, contra la perspectiva de lo que somos o de lo que el mundo cree que somos. Equivocada o no, inmerecida o bien ganada, inicua o justa, nuestra dimensión social se esgrime frente a nosotros para situarnos, a veces de manera brutal, en la parte del mundo que realmente nos corresponde, la que nos asigna la sociedad. Y es en las situaciones extremas, en las que creemos ser más de lo que somos, en las que soñamos que podemos ser mucho mejores y nos lanzamos a las empresas de la vida con la imagen de ese sueño, en las que perseguimos un anhelo que parece remoto, cuando todo lo que nos rodea se encarga de devolvernos a nuestro sitio, golpeados, revolcados, ridiculizados y seguramente deshechos moralmente. Quien no comprenda este drama vital que nos concierne a todos nosotros, no tendrá capacidad para apreciar la trama de las lecciones que contiene la más importante novela de todos los tiempos.

Veamos cómo empieza este enfrentamiento de perspectivas. Un hidalgo pobre, de provincia, soltero a fuerza de no hallar una contraparte medianamente adecuada, ha honestado sus ocios con la lectura de las novelas de caballería. Y ha llevado tan lejos esta actividad que semejantes historias acabaron por sorberle el seso. Aquí comienza la primera duda: ¿leer novelas de caballería era en aquellos siglos un entretenimiento honesto? Por un lado, sabemos que muchos personajes como Carlos V, Felipe II, Diego Hurtado de Mendoza, San Ignacio de Loyola, Santa Teresa de Jesús; conquistadores como Bernal Díaz del Castillo, Hernán Cortés y Alonso Hernández Portocarrero, leyeron estas novelas y aun fueron aficionados a ellas. Por otro, sabemos que estas obras tuvieron muchos opositores, algunos tan influyentes que lograron prohibir su exportación hacia América e incluso su impresión y venta en la propia España (durante las cortes vallisoletanas de 1555). Varias de estas historias generaron pendencias en las tabernas, pues había quien dudara de la castidad de Ginebra y de la caballerosidad de Lancelot, o quien calificara a don Galaor de abusivo y a las doncellas que lo quisieron como unas “mujeres puestas al partido”, es decir, prostitutas.

Leer novelas de caballerías era una actividad que entrañaba peligros, como el de caer en pecado mortal si alguno de estos libros había pasado a formar parte del *Index*. Incluso, las historias que parecían más honestas,

las de los caballeros que terminaron sus cabalgatas en el cielo convertidos en santos, estaban entre los libros prohibidos por la Inquisición, era el caso de la *Caballería celestial del Pie de la Rosa Fragante* (1554), de Jerónimo de San Pedro. Mientras que había otras novelas con escenas voluptuosas o muy violentas que jamás tuvieron problemas con las autoridades religiosas y deleitaron a sus lectores de un modo que a todas luces era poco sano. Lo malo no estaba en las lecturas, lo verdaderamente malo era creer que este mundo algún día existió o era susceptible de seguir existiendo y lanzarse a buscarlo pretendiendo ser como alguno de estos héroes. Eso sí era una verdadera chifladura. Porque don Alonso Quijano pudo quedarse en la intimidad de su camarín y ahí, frente al espejo, calzarse la armadura oxidada y tirar mandobles con su vieja espada, brincar en la cama perseguido por un gigante descomunal, arrodillársele a su dama y rechazar cortésmente a una doncella que lo requería en amores, pero eso habría sido conformarse con muy poco. Así es que decidió salir al mundo y mostrarle la fuerza de su brazo y el valor de su ánimo, socorriendo viudas y huérfanos, ayudando a los desvalidos, enderezando las torceduras (los ‘entuertos’ diría él) de la vida diaria, impartiendo justicia a quien la necesitare.

Ya sabemos que se ordenó caballero en una venta, con un posadero más o menos ilustrado en estos menesteres que, para librarse de un cliente loco, acabó por seguirle la corriente. Y sabemos que, como el Bartolo del *Entremés de los romances*, quedó en el piso, molido a palos por unos gañanes y declamando con las pocas fuerzas que aún le quedaban:

¿Dónde estás, señora mía,
que non te duele mi mal?
O no lo sabes, señora,
o eres falsa y desleal [...]
¡Oh noble marqués de Mantua,
mi tío y señor carnal! (Cervantes, 1978, I: 103).¹

1 El enorme contraste entre la conducta de los “gañanes” que devuelven a don Quijote a la realidad (los galeotes, los yegüeros, los pastores, etc.) y los ideales que mueven a don Alonso para aventurarse en el mundo constituye la trama de la novela. Sancho Panza es el lastre principal de don Quijote, pero todo, absolutamente todo, incluso los personajes que parecen estar con él, tienen como misión frenar sus impulsos.

El destino de un hidalgo provinciano era morir en su heredad, con su hacienda completamente extinta, escondido de la gente para no exhibir su pobreza.² El orgullo de estos personajes los imposibilitaba para pedir trabajo o para implorar un mendrugo de pan o para formarse en las puertas de los conventos o las iglesias con el objeto de recibir un poco de “sopa boba”. Pero las lecturas de don Alonso Quijano lo llevan a buscar un mejor destino. Su imaginación se desborda y rebasa su capacidad mental. Loco, se lanza al mundo para emular las aventuras de los héroes que animaron sus lecturas. Y nada, absolutamente nada, detiene sus andanzas. Ni los palos que le dan los rufianes malagradecidos a quienes ayuda, ni los gigantes que lo maltratan, ni los monstruos que lo amedrentan, ni el ridículo en que lo ponen las distintas situaciones, ni sus amigos que pretenden rescatarlo para la cordura, nada lo va a devolver a su destino gris de hidalgo aldeano, sólo una cosa lo vence: cuando descubre el agujero de su media. Lo que no pueden hacer ni el Caballero de los Espejos ni el de la Blanca Luna ni el cura y el barbero, ni todos los enemigos de don Alonso, lo hace un simple agujero en su media. La pobreza asomó su faz, y ésta sí que es un enemigo invencible. La condición social de don Quijote es el preámbulo de la muerte, fue la realidad verdadera que, con todas sus locuras, no pudo evadir y la que acabó llevándolo de regreso a su aldea para liquidar los sueños de un hombre bueno que, a final de cuentas, sólo quiso un mundo mejor para todos.LC

2 Tal vez fuera bueno recordar que el descubrimiento de América provocó uno de los mayores desastres económicos de los que se tenga noticia. La hiperinflación producida por la afluencia de metales preciosos a Europa dejó saldos desastrosos. La pobreza y el hambre se constituyeron en el denominador común de los siglos XVI y XVII. Estas calamidades tuvieron sus correlatos en la delincuencia, la prostitución y la corrupción. Tan sólo el gobierno de Felipe II se declaró en quiebra nueve veces. Por otro lado, en este periodo se gestó lo que Karl Marx llamó la “acumulación originaria de capitales”.



Aventura de los disciplinantes I, LII (1684). Grabado: Diego de Sagredo, tomado de Miguel de Cervantes (2001), *Don Quijote de la Mancha*, edición de Francisco Rico, Barcelona, Crítica.

REFERENCIAS

Anónimo (1965), *La vida del Lazarillo de Tormes y de sus fortunas y adversidades*, México, Porrúa, col. Sepan cuantos... núm. 34.

Cervantes, Miguel de (1978), *El ingenioso hidalgo don Quijote de la Mancha*, Luis Andrés Murillo (ed.), Madrid, Castalia, col. Clásicos Castalia núm. 77.

ARNULFO HERRERA. Licenciado en Lengua y Literatura Hispánicas, maestro en Letras Mexicanas y doctor en Letras por la UNAM. Es profesor en esa universidad desde 1978, e investigador adscrito al área de literatura del Instituto de Investigaciones Estéticas de la UNAM desde 1987. Es miembro del Sistema Nacional de Investigadores y autor de numerosos artículos especializados y de divulgación, así como de los libros: *Tiempo y muerte en Luis de Sandoval Zapata* (UNAM, 1995), *La edad de oro, ensayos de literatura aurisecular y novohispana* (2000), entre otros.